



## Inutilidades necesarias

*El arte y nada más que el arte —dice Nietzsche— tenemos el arte para no morir de la verdad.*

Albert Camus en “El mito de Sísifo”.

Fui invitado a principios de septiembre por la directora de las Colecciones Especiales de la Biblioteca Pública Estatal de Minas Gerais, mi querida amiga Eliani Gladyr, a hacer la apertura del ciclo de palestras “Cinema Comentado” en el bellissimo teatro “José Aparecido de Oliveira”. La dimensión de la responsabilidad de la encantadora invitación vino cuando me enteré que lo haría frente a nada menos que la profesora Maria de Lourdes Gouveia, especialista desde hace mucho tiempo en el asunto. La película de la noche era *Llamadas Peligrosas*, del inglés Stephen Freas, que había dejado sin aliento a mi generación como un tratado sobre el perverso egocentrismo posmoderno que nos impide amar de verdad. Esto en el lejano año 1988 de mi adolescencia.

No soy un especialista en cine, pero recuerdo frecuentemente la humilde —y poderosa— observación del profesor argentino Alfredo Culleton sobre el papel de las artes en nuestra vida cotidiana, en una ponencia llamada “*El mercader de Venecia* y la obligación de los contratos”, en el seminario “Recorriendo Shakespeare”, en la Universidad Unisinos de la República Riograndense, en diciembre de 2017: “soy un apasionado por estas inutilidades necesarias”.

Graduado en derecho y en letras, no veo absolutamente ninguna diferencia entre los dos. Los veo como expresiones culturales de un pueblo y si alguno de ellos tiene alguna perennidad, es obvio que es la literatura (o las artes) y no el derecho.

“Derecho y Política a través del Cinema” es una de las materias en las que tengo el privilegio de contribuir como profesor invitado junto con mi mentor y amigo, el profesor Jorge Bercholc, en la carrera de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Y en estos encuentros uso el cine nacional y extranjero para hablar de instrumentos relevantes del derecho, y al fin y al cabo, del enmarañado de nuestras relaciones sociales.



Obras como *Antígona*, para tomar un ejemplo anterior al inicio de la era cristiana o las obras de Shakespeare como *El mercader de Venecia*, que uso seguido en mis cursos de grado de Proceso Civil, mantienen su actualidad de manera perenne. El derecho de aquella época ya hace mucho pereció. El positivismo, como bien me confidenció la profesora Maria de Lourdes antes de su exposición, “tiene dificultades con el tiempo”.

Pero véase que no es necesario ni siquiera ser alfabetizado para saber lo que es *El quinto de los infiernos*, para reconocer la frase “¿tú también Bruto?”, para saber que es una sirena, saber que alguien murió injustamente colgado en una cruz. No es necesario haber leído Homero, Dante, Shakespeare o la Biblia, nos recuerda el profesor Culleton, para saber sobre eso. No es necesario haber leído Shakespeare para saber que se puede morir de amor.

¿Y por qué algo escrito hace algunos milenios (*Antígona* fue escrita alrededor del 422 a.C.) o una obra de fines del siglo XVI puede continuar siendo tan relevante y describir la esencia de las entrañas humanas de forma tan actual? Es simple: porque somos los mismos bárbaros, con la misma (des)humanidad, con los mismos vicios y virtudes.

“Poder es la posibilidad de hacer pactos. Cuando el poder se manifiesta sin pactos, es violencia”, nos recuerda la profesora Maria de Lourdes, con quien comparto la pasión por Hannah Arendt.

En el argumento de la película, observa la profesora después de haber visto la impactante obra juntos, “cada uno es su propio espejo. Es el síntoma de la muerte. Se espeja en sí mismo y ya no en la vida”.

Lo único que nos separa de la barbarie es la educación. Es el arte el que fomenta exactamente el tipo de debate que nos muestra lo tanto que somos los mismos y lo tanto que tenemos que estar siempre alertas a ello para protegernos de nosotros mismos.

Es en el arte donde nuestra humanidad encuentra su perennidad, donde nos encontramos desnudos y somos los mismos.

Nótese que aquí no tiene cabida el viejo debate sobre realidad o ficción. Todo es ficción. Nuestra propia historia es una ficción escogida por los vencedores. El debate relevante está entre lo que es recordado y lo que es olvidado. Lo que son hechos y lo que es olvido. Y aquí el cine también nos mantiene vivos con memoria.



Tal vez con un poco más de arte podemos recordar que el amor no es poder. Es servidumbre voluntaria. Y tampoco sería necesario leer *El Banquete*, de Platón para saberlo.

En tiempos de violencia verbal y puñaladas, le dejo a la profesora Maria de Lourdes las palabras finales: “Nadie practica el mal sin participar de sus maleficios”.

Plauto Cardoso – Catedrático por la Solidaridad y la Paz por el Parlamento Internacional de los Estados para Seguridad y Paz de las Naciones Unidas (ONU), Plauto es escritor, docente, investigador y abogado en las áreas de Derecho Constitucional, Derecho Procesal Civil, Derechos Humanos, Derecho & Política y Derecho & Literatura. Es director del Instituto de Derecho de Integración de la Asociación Argentina de Justicia Constitucional (AAJC).